



Inmaculada Concepción de María

8 de diciembre de 2008

Todos nosotros experimentamos a diario lo que significa tener muy poca fe, una esperanza demasiado vacilante, un amor muy frío. Comprobamos que muchos impulsos para hacer el bien los vamos dejando olvidados, que tantas promesas ante Dios, ante nosotros mismos y en relación con los demás las dejamos incumplidas. Se apodera de nosotros la indiferencia de forma creciente ante las situaciones de dolor de tantos semejantes, de lejos y de cerca. En ocasiones desearíamos perdonar de corazón, pero lo hacemos sólo exteriormente. Nos gustaría ser sinceros del todo y aparecer como realmente somos, pero somos víctima de nuestros temores y nos lo impiden la vanidad y la soberbia. Admiramos a quien tiene valor y nos plegamos de forma cobarde a las circunstancias. Alabamos el desinterés y no somos capaces de dejar de pensar en nosotros mismos. En nuestros labios está siempre el discurso de la justicia, pero tantas veces no vamos más allá de la reivindicación de nuestros derechos. Desearíamos ser pacientes, pero el genio no nos deja. Querriamos liberarnos de ciertas dependencias de consumo que nos dañan, pero volvemos a dejarnos llevar en cuanto se presenta la ocasión. Nos sentimos impotentes para el bien y nos acomodamos a lo que hacen todos. Amparados en el mal de muchos, aceptamos con resignación y hasta con tranquilidad de conciencia nuestras flaquezas. En pocas palabras: queremos ver y sin embargo estamos ciegos; queremos caminar y nos sentimos paralizados; queremos escuchar, pero nos hacemos los sordos; tenemos como ideal de vida el amor y no somos capaces de vencer el egoísmo. Como decía el Apóstol Pablo: estamos interiormente divididos y no hacemos el bien que queremos, sino el mal que no queremos. ¿No puede ser la anterior descripción una buena imagen de las consecuencias de lo que llamamos pecado original? ¿Quién nos librerá de esta situación de muerte?

Si en cada uno de nuestros actos fuéramos enteramente nosotros mismos, no se daría esta situación; no existiría una decisión a medias favor de Dios, ni una decisión a medias en contra de Dios: lo bueno y lo malo serían bueno y malo totalmente, no a medias. Habría un pecado total (mortal) o una santidad total; un no pleno o un sí pleno y perfecto, no un sí pero no. Habría sólo ángeles, en un sí total a Dios; o demonios, en un no total a Dios. En cambio, lo propio de la situación del hombre caído es el sí el y el no a medias.

La cultura moderna ha querido resolver estas rupturas del hombre con el recurso a la psicología, a la justicia social y a la ética. Pero ha cerrado toda posibilidad de buscar en la religión y en la relación con Dios el surgimiento del hombre nuevo. El hombre autónomo y mayor de edad tendría que dar respuesta desde sí mismo a estos problemas que le aquejan. Así que se ha perdido el paraíso y se procura que nadie sienta añoranza de él. Hagamos lo que hagamos, si lo hacemos queriéndolo de verdad, todo sería bueno. Se recela de toda verdad que sirva de referencia incondicional para la existencia humana



y de la norma que pueda contrariar nuestro deseo. Se iría así a la superación de la tensión eliminando uno de los polos que la originan. Esta ceguera voluntaria es acaso la manifestación más actual y fatal de las dramáticas consecuencias del pecado original.

Permitidme una pregunta: ¿Es posible que una persona a la que Dios preguntó si quería ser la Madre del Redentor contestara con “sí” a medias? ¿Es posible que el “sí” de María en la escena de la Anunciación, narrada por el Evangelio de Lucas, fuera un “hágase en mí” pronunciado a medias, a la medida de la descripción de nuestra manera humana de ser?

Guardémonos ahora de argumentar según aquel lema de que no puede ser lo que no debe ser. De que algo sea conveniente no puede deducirse que eso mismo sea un hecho que vaya a producirse. Por eso, formulemos esta otra pregunta: En el documento primordial de nuestra fe, en la Sagrada Escritura, ¿se encuentra alguna referencia a lo que la Iglesia proclama como dogma acerca de María: que ella no tuvo pecado y que permaneció durante toda su vida sin pecado? ¿Que, por consiguiente, no hubo en ella ninguna de las consecuencias del pecado, de ese abismo, que acabamos de describir, entre aquello que queremos y aquello que hacemos efectivamente?

La respuesta se halla en la esperanza, expresada en el Antiguo Testamento, acerca del «Resto santo» que cumple la Torá (es decir, la voluntad de Dios). La hija de Sión, identificada con María, es ese «Resto santo». La Alianza de Yahvé con Israel no es un fracaso. Esa Alianza hace posible aquella fidelidad a la Torá, aquel decir «sí» a la voluntad de Dios, del que Lucas da testimonio en la escena de la Anunciación refiriéndose a María. Y en esa escena, María dice: «Aquí está la esclava del Señor, ¡que se cumpla en mí tu palabra!».

Del acontecimiento de Cristo no debe deducirse que la Alianza de Yahvé con Israel fuera rescindida de algún modo. Pablo, en el capítulo 11 de la Carta a los romanos, define al «Resto» como señal de que Yahvé no interrumpió jamás su fidelidad a la Alianza. El apóstol hace referencia a los siete mil que en tiempo de Elías se negaron a doblar sus rodillas ante Baal. Y acentúa que un determinado «resto» siguió manteniendo también más tarde su fidelidad a la Torá. Cuando los Padres del siglo II designan ya a María como la «nueva Eva», y dan a entender con dicha imagen la absoluta fidelidad de María a la voluntad de Dios, lo hacen porque la Sagrada Escritura misma habla de manera incesante del «Resto santo», que hace posible la venida del Redentor.

La total carencia de pecado de la Madre de Dios no significa que ella haya quedado marginada de la historia de Israel, sino todo lo contrario: María se encuentra dentro de la historia salvífica de Israel. Ella es el «Resto santo», en el cual la «Antigua Alianza» llega, a pesar de todo, a su fin. La gracia que hizo posible que María pronunciara un «sí» perfecto (inmaculado) a la voluntad de Dios, no le es concedida graciosamente de manera invisible, al margen de la historia o de manera puramente privada, sino que esa gracia está transmitida por medio del interlocutor de Yahvé en la Alianza, es decir, por medio de Israel.



En María se ve claro que ella es enteramente obra del Señor; y sin embargo, se puede decir también de María que ella, como judía fiel a la Torá, es enteramente santa. Dios no quiere salvar a su pueblo eliminando la idea de la Alianza, sino manteniendo su Alianza. Aunque es totalmente un don gratuito de Dios, sin embargo la «Alianza» significa que el Señor quiere que su pueblo Israel sea un sujeto activo y no un objeto pasivo. En una palabra, el amor del Dios que se hace hombre quiere el libre y total «sí» del ser humano por medio del cual Él se hace hombre.

Dios pudo «llegar» a María en el más verdadero sentido de la palabra. Ella acogió en sí, misma a la criatura en la que Dios mismo se había expresado como hombre, y María lo hizo sin resistencia alguna, sin limitación alguna. María carecía de pecado, y siguió estando sin pecado; por tanto, también sin aquella escisión interna que hace que todo nuestro decir, pensar y actuar sean imperfectos. Por esta razón, la Iglesia confiesa acerca de María que no sólo su vida sino también su muerte se vio exenta de las consecuencias del pecado, de la escisión entre la persona (entre lo que nosotros deberíamos o desearíamos propiamente ser) y la naturaleza (lo que nosotros somos de hecho). La muerte de María fue un tránsito perfecto a la más íntima comunión con Dios.

María es el «concepto sin mancha», el «concepto inmaculado» que Dios tuvo del ser humano desde la eternidad. En María el «concepto» de la criatura libre no se vio turbado por ningún pecado. Pero preguntémosnos precisamente por eso: ¿En qué me atañe eso a mí? ¿En qué me afecta a mí, a mi vida y a mi cotidianidad?

Partamos de una pregunta distinta: ¿Qué habría sucedido si María hubiera dicho «no», en vez de decir «sí»? Desde luego, es una pregunta teórica, ¡pero, a pesar de todo, una posibilidad real! Los Padres de la Iglesia llaman a María la «nueva Eva», porque ella, a diferencia de la primera Eva, dijo «sí» en vez de decir «no». Así como el primer pecado, el primer «no» de un ser humano, tuvo consecuencias para todos los descendientes, lo mismo sucedió a la inversa con lo que es totalmente lo contrario del pecado: con el «sí» de María, un «sí» perfecto, que no estaba marcado por ninguna escisión. Así como nuestros padres y padrinos, con ocasión de nuestro bautismo, pronunciaron un «sí» en representación nuestra, así también lo hizo María, de manera parecida, en la hora de la Anunciación, en la hora de la gran decisión de su vida. Ella está como nuestra madrina junto a la cuna de nuestra propia redención. Ella es, para todos los seres humanos, la puerta de acceso al Redentor, desde el momento en que ella se convirtió en la puerta de acceso del Redentor para llegar hasta nosotros los pecadores. María no es sólo Madre del Redentor, sino también «imagen primordial de la Iglesia».

Sin embargo, ¿no es María una privilegiada, una preferida, a diferencia de todos nosotros?

Aun prescindiendo de que sólo un ser humano entre todos podía llegar a ser la Madre de Jesucristo, hay que afirmar de manera plenamente universal: cada ser humano no sólo tiene una vocación, sino que cada uno es una vocación, una misión insustituible y, por



tanto, singularísima. Lo que la tradición designa con el concepto tan consabido de la «gracia» se trata siempre de algo enteramente personalísimo, porque se concede graciosamente, de manera irrepetible, a cada ser humano concreto. Además, la gracia es también un requerimiento, un llamamiento, una exigencia. Pensemos en la fe de María en el Hijo que nace en un pesebre; pensemos en su búsqueda de un Hijo incomprendido, en la fe de María en el Hijo hostilizado, perseguido, rechazado y crucificado.

En María se ve con claridad ejemplar lo que se aplica en términos totalmente universales a la idea de la Alianza: no se puede acoger la Alianza del Señor, la «gracia», para sí mismo, sino únicamente para los demás. María es Madre de Jesucristo no para sí misma, sino para nosotros. Ella es lo contrario del pecado no para sí misma, sino para nosotros.

Cuando alguien acepta decepciones sin sentirse amargado, entonces acontece una afirmación, entonces uno vive en el seguimiento del «sí» pronunciado por María. Cuando alguien se atreve a confesar la culpa, a no paliarla para nada, y a comenzar el camino espinoso que conduce a la conversión, o cuando alguien perdona la injusticia que ha sufrido, entonces acontece una afirmación. Cuando alguien busca el rostro de Jesucristo en el rostro de su prójimo, por ejemplo, en un rostro desfigurado por la angustia, la soledad o la culpa, entonces acontece una afirmación, entonces se vive «marianamente». O cuando uno se encuentra ante un sepulcro abierto, o luego, cuando los propios hijos fallan, cuando van por caminos enteramente distintos, o cuando una enfermedad destruye todos los bonitos planes que nos habíamos forjado, cuando alguien, allá donde no comprende a Dios, a pesar de todas las tentaciones, sigue siendo una persona que cree, que espera y que ama, allí se encuentra al lado de María.

Es cierto: a diferencia de María, nosotros mismos estamos marcados por el pecado, llevamos inherente en nosotros la escisión entre la persona y la naturaleza, una escisión que se va haciendo más profunda por cada pecado añadido. Pero si al menos tratamos de pronunciar -a imitación de María- el «sí» que ella pronunció, cuando decimos más a menudo «sí» que «no», cuando estamos más inclinados a creer que a dudar, a tener esperanza que a resignarnos, si, por lo menos, anhelamos incesantemente que nuestra medianía llegue a ser totalidad, que nuestra pereza se convierta en entusiasmo, que nuestra tristeza se disipe con sentimientos de gozo, entonces seremos -como María- personas del Adviento de Dios, entonces se experimentará en nosotros que lo que estaba ciego, ahora ve; que lo que estaba tullido, ahora camina; que lo que estaba leproso, ahora está limpio; que lo que estaba muerto, ahora vive.